

Al disfrutar de tu belleza oculta,
 Al mirar tus internas perfecciones,
 Que adivinó mi mente enamorada
 Sintiendo celestiales emociones.
 ¡Ay...! y entónces tus ojos desmayados
 Solo para él tendrán tiernas miradas;
 Tú le presentarás la frente pura
 Para que en ella imprima gratos besos;
 Solo él podrá estrechar esa cintura
 Donde se halla el placer de los placeres;
 Disfrutará de sin igual ventura
 A cada instante en tu desnudo seno;
 Y al tributarte sus caricias necias
 Temblará de placer entre sus brazos,
 Que astutos tejerán odiosos lazos;
 Para él serán tus besos ardorosos,
 Para él serán tus fervidos halagos,
 Para él serán momentos tan dichosos...

Y para mí, y para mí, ¿qué ofreces...?
 ¡Vacío... soledad... sombras... desvelos...
 Menosprecio... frialdad... silencio... olvido...
 Y el infierno incesante de los zelos...!

¡Cada gota de miel que tú libares
 Al tributar ó recibir caricias,
 Me obligará á beber de absintio mares,

Cada presion suave y voluptosa
 Será un puñal que claves alevosa
 En este corazon leal, sensible,
 Que nació para amarte únicamente,
 Con mas ardor que al Ser Omnipotente!

¡Piedad, piedad para los puros sueños
 De mi mente fecunda de poeta,
 Que crea sin cesar mundos risueños,
 En que imperas tú sola, omnipotente,
 Como Dios en la tierra y las alturas!
 ¡Por qué ¡inhumana jóven! los destruyes
 Con tu crueldad y tus desdenes frios,
 Como el invierno las modestas flores
 Con tempranos y frígidos rigores?

¡Los mas bellos instantes de mi vida
 Has convertido en siglos de tormento;
 Que anticiparon mi vejez temida,
 Que muerte prematura me legaron...!

¿Y por quién me abandonas, inconstante?
 ¡Por un vil ser que te amará sin duda
 Cual adorno de sala, deslumbrante,
 Como á un mueble precioso y necesario,
 Como ama á su corcel de sangre pura,
 Sin gota de entusiasmo y de ternura?

¡Y al amante que audaz te diviniza,
 Que un altar en su pecho te consagra,
 Sumerges en el fango y la ceniza?
 ¡Desprecias al amante que te haria
 Mil veces gozar mas de los deleites
 Que el necio ser que enlazas á tu seno;
 Que no sabe estimar tus perfecciones,
 Que del intenso amor se encuentra ageno?

¡Y tú entónces olvidas indolente
 Esa mision de la muger, sublime,
 Que decretara el cielo bondadoso
 Y del crudo pesar al hombre ecsime,
 Haciendo las delicias del esposo;
 Y nunca permitió que al tierno amante
 Se le hiciera sufrir martirio inmenso,
 Ni á un ser sin duda indiferente y frio
 Entregar sin amor la blanca mano,
 Convirtiendo un precepto tan divino
 En vergonzoso tráfico inhumano?

¡Te dejarás vender alegremente
 Por esa sociedad traficadora,
 Como una joya en pública venduta,
 Y entregarás tu mano seductora
 Al que ofrezca vil oro en abundancia,
 A pesar de que sea infame y necio,
 Y debiera alcanzar tu menosprecio?

¡O acogerás entre tus dulces brazos
 Con fé amorosa y con ternura ardiente,
 Al ser que juzgues digno de tus gracias,
 Al ser que mas encantos te presente,
 Siguiendo los impulsos de tu seno
 Que agitará el placer puro y sereno?

¡Tambien yo gozaré cuando gozares
 En brazos de un rival aborrecible;
 Que tambien el dolor tiene su gozo,
 Ese gozo salvage, indefinible,
 Que se complace en destrozar el pecho;
 Que se complace en redoblar los males!
 ¡Yo agotaré sus dichas infernales
 Al ver presa de autómeta menguado
 Tus divinos encantos virginales,
 Que por solo gozar un leve instante,
 Toda mi sangre hubiera derramado!
 ¡Cada deleite nuevo y ardoroso
 Que anuble tus pupilas soñolientas,
 Será un grito de júbilo horroroso
 Que arrancará á mi pecho destrozado!
 ¡Cada ardiente caricia de entusiasmo
 Hará brotar del labio desecado
 La frígida sonrisa del sarcasmo!
 ¡Y gozaré en despedazar mi pecho
 Con mano audaz de fierro candescente!

¡Me burlaré de mi fatal despecho!
 ¡Me recreará mi bárbara impotencia!
 ¡Y al ir asesinando mi existencia,
 Disfrutaré satánica alegría,
 Cual la disfruta el pérfido salvaje,
 Al lado de sus víctimas humanas
 Que se agitan en hórrida agonía,
 Y que él prolonga con crueldad impía!

.....
 Al retorcer en mi dolor los brazos,
 Al sentir veces mil la cruda muerte,
 Sin alcanzar su apetecible calma,
 ¿Quién será el que se duela de mi suerte ...?
 Nadie: que el mundo seguirá impasible
 En monstruosas y falaces dichas;
 El ígneo sol continuará su marcha
 A la tierra lanzando sus destellos,
 Como siempre, tan claros y tan bellos;
 El Mayo cubrirá de frescas flores
 La estension dilatada de los campos;
 En la noche las nítidas estrellas
 Despedirán sus argentinos lampos;
 Todo se ostentará bello y sereno
 Y á mi tortura mostraráse ageno.

Y tú, ¡muger! en pago á mi ternura,
 A mi pasion poética y ferviente,

Con hórrido placer, con calma fria,
 Asesinas mi vida lentamente.
 ¡Y nadie vengará mi suerte impía,
 Que la vil sociedad castiga solo
 Al que golpe cruel al cuerpo asesta,
 Que á menudo se escapa de la muerte;
 Pero jamas, jamas al que con dolo
 Y con falacia nuestras almas hiere,
 Cuyas heridas son siempre incurables,
 Y siempre arrancan nuestra frágil vida!
 ¡Mas yo de tí me vengaré contento;
 Me vengaré, ¡muger aborrecida!
 Haciéndote sufrir crudo tormento...!

¡Perdon....! ¡Perdon....! ¡Miente mi labio!
 ¿Cómo destruir lo que idolatra el alma
 Con frenético amor, ternura ardiente?
 ¿Cómo destruir del Dios Omnipotente
 La obra mas perfecta en hermosura?
 ¡Seria con furor asesinarme,
 Que eres mi vida, mi alma, mi ventura!

Calma, ¡mi Dios! la fiebre de los zelos
 Que me hace delirar horribilmente,
 Que me causa tan fúnebres desvelos,
 Y arranca la esperanza de mi mente:
 No quiero ya dudar de cuanto ecsiste,

Quiero correr en pos de una creencia
Y consagrarle toda mi existencia!

Oye, ¡muger! mi atribulado acento:
Tú eres el ángel, sí, que Dios me enviara,
El ángel de mi guarda en este mundo,
Que enjugar debe mi continuo lloro,
Aliviando por siempre el mal profundo
Que lleva el corazón despedazado!
¡No desconozcas tu misión sagrada
De consuelos, de amores y ternura;
Inúndame de gozo sempiterno;
No te tornes en furia despiadada
Que el mundo me convierta en un infierno!
Tú eres el germen de mi atroz martirio;
Pero no importa: *¡te amo con delirio...!*

18....—MÁRCOS ARRÓIZ.

NOCHE DE LUNA.

LAS noches iluminadas por la luna tienen un no sé que de melancólico misterio. Es dulce y es al mismo tiempo triste contemplar la naturaleza en esas horas en que duerme la creación entera, en que cesa el bullicio del mundo y solo se escuchan á lo lejos rumores vagos y extraños, que ya parecen siniestros, ya acompañados de cierto encanto secreto.

Los rayos pálidos y apacibles de la luna bañan las cúpulas galanas de la ciudad; desiertas están sus calles y sus plazas, el viento está tranquilo, el ambiente balsámico y agradable. De cuando en cuando resuena la sonora vibración de la campana, ó el graznar del ave agorera, que fugaz atraviesa el firmamento. Diáfano y brillante está el cielo, por donde la luna vaga silenciosa, eclipsando el brillo de todas las estrellas. ¡Qué dulce es esa calma de la naturaleza! ¡Y qué melancolía tan indefinible inspira al alma!

Yo no sé por qué en una noche de luna amo la soledad, no